

LIBROS

*Resistencia y revolución durante la guerra de la Independencia.
Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional,*
de Richard Hocquellet.



*Las ideas jurídicas de Braulio Foz y su proyección política
en la construcción del Estado liberal español,*
de Guillermo Vicente y Guerrero.



L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938),
de Pere Anguera



*Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing
in the First World War,* de Alan Kramer



Fascismo di piedra, de Emilio Gentile



Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil,
de Francisco Sevillano



*Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura
franquista,* de Javier Rodrigo



Reseñas de:

Francisco Javier Ramón Solans, Luis G. Martínez del Campo,
Montserrat Duch Plana, Javier Rodrigo, Gustavo Alares López,
Javier Muñoz Soro, Eduardo González Calleja

Entre la revolución y la resistencia

Richard Hocquellet, *Resistencia y revolución durante la guerra de la Independencia. Del levantamiento patriótico a la soberanía nacional*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, 419 pp.

Siempre resulta complicado realizar una reseña o simplemente valorar la traducción de una obra que ha tenido tanta repercusión en España. Un libro que tras su publicación se convirtió en una referencia obligada para cualquier trabajo que versara sobre la guerra de la Independencia y que tiene aún más mérito si tenemos en cuenta que es el resultado de su tesis doctoral. La edición de prensas universitarias de Zaragoza que ahora se presenta, a diferencia de la original de la Boutique de l'Histoire de 2001, aparece en el marco de las celebraciones del bicentenario y esto ampliará aún más, como señala el propio autor, la difusión de este trabajo que, por otro lado, goza ya de un gran reconocimiento entre los especialistas del período. Por ello, esta apuesta editorial enriquecerá los debates que se van a realizar en torno a las diversas conmemoraciones del conflicto.

Resistencia y revolución durante la guerra de la Independencia es un trabajo claramente deudor de la dirección doctoral del desaparecido François Xavier Guerra. Así, en Richard Hocquellet al igual que en su maestro y en clara sintonía con una corriente de análisis de la Revolución francesa formada por Mona Ozouf,

Arlette Farge o Keith Michael Baker, encontramos una relectura en clave histórica de las reflexiones de Habermas en torno a la configuración de la esfera pública. Asimismo, esta influencia historiográfica francesa se observa también en el hecho de que la obra de Richard Hocquellet se enmarque en la corriente de renovación de la historia política, iniciada por René Remond y cuyo máximo representante en la actualidad sería Pierre Rosanvallon, con su trilogía *Le peuple introuvable*, *La démocratie inachevée* y *Le Sacre du citoyen*.

Dentro de esta corriente, el autor emplea el marco cronológico que François Xavier Guerra calificó como «los dos años cruciales», 1808-1810. Esto le permite analizar la evolución entre el levantamiento armado frente a los franceses y la apertura de las cortes de Cádiz con el fin de desmontar algunos de los mitos historiográficos decimonónicos construidos en torno a la insurrección nacional y la revolución liberal. Así, frente a la conjunción de estos dos elementos en 1808, el autor señala como tesis principal la existencia de diversas fases que llevaron a Cádiz, del levantamiento patriótico a la nación y de la nación a la revolución liberal.

Richard Hocquellet consagra la primera parte del libro a las reacciones de «afrancesados» y «patriotas» ante la invasión de 1808. En este sentido, resulta muy interesante partir de un análisis conjunto puesto que los partidarios de José participaron en la elaboración del primer proyecto constitucional español y tras Bailén y la huida de los franceses de Madrid

en 1808, algunos cambiarían de bando participando del proyecto gaditano. Por otro lado, Hocquellet traza las líneas maestras del levantamiento patriótico, desmontando el mito del carácter unánime de la insurrección al hablar de las regiones ocupadas por los franceses. Asimismo, también cuestiona su espontaneidad al hablar de su dirección por las clases sociales fernandinas aunque sin llegar a negar la «disponibilidad» del pueblo a participar en esta rebelión. En este sentido, hubiera resultado muy interesante poner en relación el levantamiento con la movilización popular que se produce desde el proceso Escorial dirigida y controlada por los sectores fernandinos¹. La primera ola de revueltas que traducen a escala local el enfrentamiento de los fernandinos y godoístas en el motín de Aranjuez tendría ciertas similitudes con la ola de levantamientos que produce la invasión.

El último capítulo de esta primera parte, se dedica al análisis del discurso patriota, lo que le permite enlazar con el paso de la patria a la nación que da comienzo a la segunda parte. En este sentido analiza la formación de las juntas patriotas desmontando el mito del carácter federalista de este movimiento e insertándolo en la concepción de los diferentes reinos que forman la monarquía hispánica realizada desde el constitucionalismo histórico. Así, el levantamiento partió de la patria chica para extender su horizonte a una comunidad de destino: la nación. Esta noción moderna conviviría con otras dos acepciones: la nación como conjunto histórico de-

terminado y la nación como conjunto político monárquico. El último capítulo de esta parte se dedica a contextualizar este discurso y la respuesta ante la guerra en los diferentes territorios de la monarquía española, incluyendo como novedad el análisis de los acontecimientos en Hispanoamérica. En este punto creo que sería correcto separar la nación a nivel discursivo con el proceso de nacionalización de la sociedad. Así, existe una diferencia entre el sentimiento de pertenencia a una comunidad y la definición que de ella hacen los líderes sociales y políticos.

La última parte está consagrada al proceso que llevó a la convocatoria de las Cortes de Cádiz desde las juntas provinciales hasta la junta Central y el Consejo de Regencia. Así, Richard Hocquellet analiza todo el proceso que lleva desde la primera mención a la necesidad de convocar Cortes hasta su definitiva constitución. Para ello, se centra en los debates en torno a ella y las peculiares circunstancias que llevan a su configuración: alianzas, grupos de poder, la incomunicación provocada por la guerra... Entre los diversos aspectos que se trata en este capítulo estaría la aparición de la esfera pública formada a través de la prensa, los círculos intelectuales que el autor califica de «intermediarios de la modernidad» y la consolidación del público como tribunal de apelación.

A pesar de que tanto François Xavier Guerra como Richard Hocquellet intentan desmontar la dicotomía entre tradición y modernidad, finalmente la aparición de la esfera pública aparece como el elemento que impulsa y

provoca el cambio. Sin embargo, los anteriores soportes de información continúan desempeñando un rol muy importante en el desarrollo de los acontecimientos, la red parroquial, los sermones, las pastorales... En general, se podía hablar de la continuación del modelo de ceremonias de la información descrito por Michèle Fogel y que tienen como fin la sacralización del poder. Además, la profusión de textos impresos durante el conflicto no es un acontecimiento excepcional en la Edad Moderna y en el más inmediato pasado se podría buscar el referente de la guerra de Sucesión como una guerra de propaganda entre austracistas y borbónicos. En este sentido, habría que destacar como señala Peter Burke que la politización es un proceso largo, discontinuo que se ve potenciado en periodos de crisis pero que no lleva necesariamente una línea progresiva. Si bien la aparición de la esfera política en el sentido que le da Habermas se potencia en este periodo no llega a consolidarse hasta la llegada de los medios de masas y por tanto en ese momento opera como un elemento de legitimación discursiva pero no como una realidad social.

Asimismo, habría que señalar que se corre el riesgo de sobredimensionar un proceso que se desarrolló en una ciudad tan abierta al mercado de ideas como Cádiz en un proceso marcado por las peculiares circunstancias del conflicto bélico. Además, aquellos que diseñaron el marco constitucional no disponían del aparato institucional de la monarquía constituido en torno a Madrid necesario para transmitir esta nueva reforma. Asimismo,

hay que recordar que muchos de los centros neurálgicos del país como Barcelona, Sevilla o Zaragoza estuvieron ocupados durante la mayor parte del conflicto. Por ello, la dimensión nacional de la revolución liberal solo se produce meses más tarde con la salida de la tropas francesas de la península y durante el breve periodo de tiempo que media hasta el retorno de Fernando VII y la supresión de la obra constitucional gaditana.

La edición en español de este texto le ha permitido al autor incorporar nuevas aportaciones de la historiografía española. Algunos otros, como los trabajos sobre la nación de Anne Marie Thièsse, Benedict Anderson o Eugène Weber, o más concretamente para el caso español, la obra de Ferrán Archilés, Fernández Sebastián o José María Portillo Valdés han quedado fuera. Además, la propuesta de Juan Francisco Fuentes de analizar el lenguaje político liberal en clave de galicismo de significación, hubiera servido para clarificar el estudio de los fenómenos de hibridación cultural durante este período². En este sentido, la reflexión en torno a la historia de los conceptos en sus múltiples facetas abre una vía para profundizar aún más los numerosos discursos que analiza.

Esto no es óbice para destacar la exhaustividad en el análisis de las fuentes y las numerosas reflexiones bibliográficas con las que el autor trabaja. Además, muchas de las referencias que se han mencionado se ven de una manera más o menos directa en los acertados análisis que realiza Richard Hocquellet. La complejidad de los diversos desarrollos de los acontecimientos

tecimientos en la geografía española así como la gran cantidad de fuentes empleadas no impide que su lectura sea ágil y que las ideas que defiende el autor se transmitan con claridad. Por todo ello, esta obra se presenta fundamental para el análisis de la guerra de la Independencia no sólo por la riqueza de las interpretaciones y el proceso de desmitificación que acomete el autor con maestría sino también por las sugerentes aportaciones al debate en torno a los orígenes de la España contemporánea.

Francisco Javier RAMÓN SOLANS
Universidad de Zaragoza

Notas

- ¹ Pedro Rújula, «Guerra civil y pueblo en armas en los orígenes de la guerra de la Independencia» en *La guerra de la Independencia española: una visión militar. Actas del VI Congreso de Historia Militar, Zaragoza, del 31 de marzo al 4 de abril de 2008. Vol. II. Comunicaciones*, Madrid, Ministerio de la Defensa, 2009 (en prensa).
- ² Una de las tesis con las que trabaja el autor es que durante el conflicto se utilizaron términos españoles, que fueron vaciados de contenido y fueron completados con significados nuevos con el fin de no ser acusados de «afrancesados» y legitimar la reforma en el constitucionalismo histórico. Juan Francisco Fuentes, «Aproximación al vocabulario sociopolítico del primer liberalismo español (1792-1823)» en, Jean-René Aymes. y Javier Fernández Sebastián (eds.): *La imagen de Francia en España (1808-1850)*, Bilbao, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1997.

El liberalismo aragonés y la construcción del estado nacional español

Guillermo Vicente y Guerrero, *Las ideas jurídicas de Braulio Foz y su proyección política en la construcción del Estado liberal español*, Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses y Prensas Universitarias de Zaragoza, 2008, 289 páginas. Prólogo de Ignacio Peiró Martín.

Esta obra forma parte de una investigación más amplia que su autor está llevando a cabo con la finalidad de determinar la «participación del liberalismo aragonés decimonónico [...] en la edificación del nuevo Estado liberal nacional español», el cual inició su andadura a principios del siglo XIX. De acuerdo con ello, este profesor de historia nos presenta un estudio monográfico de las ideas iusfilosóficas de Braulio Foz (1791-1865), que viene a unirse a otros trabajos suyos sobre juristas aragoneses como Alejandro Oliván y Borrueal (cuya vida y obra analizó en una tesis que le permitió llegar a ser doctor en Derecho en 1996).

En esta ocasión, Guillermo Vicente estudia la labor de Braulio Foz como «tratadista de Derecho natural», con varios objetivos. El primero de ellos es acabar con la ausencia de análisis existente en la historiografía especializada sobre esta importante faceta de la producción bibliográfica del bajoaragonés, el cual, según se nos dice, se definió a sí mismo como «autor de

los Derechos del hombre». A su vez, la obra aspira a aportar una explicación a la «sorprendente indefinición política», del protagonista, cuyo ideario osciló entre el progresismo más exacerbado y el liberalismo doctrinario. Por último, se intenta exponer como Foz, imbuido de un «doble patriotismo aragonés y español» (p.150), defendió los antiguos fueros e instituciones de Aragón como modelo en el que se debía cimentar la construcción del entramado jurídico del Estado liberal español.

Para todo ello, el autor estructura su trabajo en tres capítulos, seguidos de la edición facsímil de una selección de fragmentos de la obra *El verdadero Derecho natural. Obra necesaria a toda clase de personas*, escrita por el de Fórnoles en 1822 y que es «uno de los primeros tratados originales de Derecho natural redactados en lengua castellana». Todo esto está precedido por una introducción en la que el doctor Vicente traza una panorámica sobre la historiografía centrada en el estudio de Braulio Foz.

Tras ese inevitable estado de la cuestión, nos encontramos con un primer apartado dedicado a la biografía intelectual del escritor bajoaragonés, que se divide, a su vez, en tres etapas: «formación ilustrada (1791-1820)», «praxis liberal (1820-1843)», y, finalmente, «reconocimiento y estabilidad (1843-1865)». De esa primera fase vital, el autor destaca el exilio que el futuro catedrático de griego sufrió en Francia y que le permitió conocer el «sistema francés de educación pública». El siguiente período constituye el más interesante de su vida, pues en esta época es cuando desarrolla su ac-

tividad como «escritor público», a través de la publicación de varios tratados jurídicos y de los artículos políticos que confeccionó como redactor de *El Eco de Aragón*. El abandono de esas labores determinó una última etapa. Y es que fue a partir de ese momento, cuando dedicó sus esfuerzos a afianzar su posición en la Universidad de Zaragoza, en la que consiguió en propiedad la cátedra de Griego en 1846, y a la redacción de sus obras literarias (como *Vida de Pedro Saputo*), que a la postre le reportarán la fama de la cual hoy disfruta.

El segundo capítulo constituye, sin duda, la aportación más novedosa de la obra, ya que a lo largo del mismo se establecen «las bases iusfilosóficas del pensamiento forciado». Es grato comprobar que, aunque el tema se presta a la utilización de un léxico técnico y especializado, el autor se apiada del lector lego en estos asuntos y se expresa de forma inteligible. Así, Guillermo Vicente analiza los tres tratados de Derecho natural con los que Foz quiso «contribuir (...) a la disolución del Antiguo Régimen en España y a su sustitución por un nuevo Estado liberal y nacional español». De esta forma y tras reconocer el carácter «utópico» de algunos de esos textos, el autor llega a la conclusión que esta rama del derecho fue para el escritor de Fórnoles el «filtro» o «tamiz último» por el que debían pasar todas las leyes, instituciones y tradiciones que aspiraban a formar parte de la incipiente organización política española. Evidentemente, para el catedrático de griego la legislación que mejor se adecuaba a las exigencias y pruebas planteadas por el pensamien-

to iusfilosófico establecido por él era la Constitución Histórica del Reino de Aragón (resaltando el derecho de firma, el de manifestación y la figura del Justicia Mayor).

El tercer capítulo, que se nos presenta como el último eslabón de una argumentación bien construida, se dedica al estudio de aquellas obras y artículos periodísticos en los que Foz reivindicó «la identidad histórica aragonesa» frente a la hegemonía castellana en la construcción del aparato jurídico del Estado liberal. Esta parte final sirve al autor para hacer pequeñas conclusiones en torno a la figura del de Fórnoles. Así, y contra los que sitúan al redactor de *El Eco de Aragón* como un representante del «progresismo exaltado» español, el autor defiende que hizo gala de un «reformismo con ciertos aires ilustrados» (p. 164) y que muchas de sus ideas políticas estuvieron cercanas al «doctrinarismo francés» (p. 161).

Sea como fuere, lo cierto es que, gracias a un estilo prudente, una estructura correctamente ordenada y una claridad de ideas envidiable, el trabajo de Guillermo Vicente consigue en gran medida los objetivos planteados al principio de la misma. En efecto, este libro constituye el estudio más serio y completo sobre las ideas iusfilosóficas de Braulio Foz y, a su vez, contribuye a explicar otras cuestiones en torno a la figura de este bajoaragonés.

No son los únicos méritos de un libro que se presenta con una maquetación simple, pero que facilita su lectura. La bibliografía en la que se apoyan los argumentos es solvente y su

gran conocimiento de las fuentes documentales utilizadas favorecen una expresión adecuada y exacta.

No obstante, la prosa del doctor Vicente, a pesar de ser calificada como «económica y escueta» por su prologuista, es, en mi opinión, correcta, pero bastante reiterativa. Y es que al llegar al final, el lector tiene la sensación de que se podrían obtener los mismos resultados con cincuenta páginas menos, ya que muchas frases, datos, ideas y citas se repiten constantemente (p. 58 y 162). Este hecho se agrava si tenemos en cuenta que, mientras hay aspectos de la vida y obra de Foz sobradamente caracterizados, ciertas cuestiones y nociones son tratadas muy de pasada. Por ejemplo, el autor no duda en calificar algunas de las ideas focianas como regeneracionistas o precedentes de dicho movimiento. Aunque justifica ese anacronismo a través de trabajos de otros autores y de la labor pedagógica del bajoaragonés, creemos que una afirmación como ésta debería ser probada con argumentos más convincentes, aunque no sea uno de los objetivos primordiales del texto.

A pesar de ello, *Las ideas jurídicas de Braulio Foz...* constituye un buen estudio sobre ese «doble patriotismo» (utilizando la expresión de Josep María Fradera) que caracterizó a algunos escritores y eruditos del siglo XIX. En definitiva, estamos ante una obra de referencia obligada para aquellos que se quieran adentrar en el análisis de la vida y obra de Braulio Foz.

Luis G. MARTÍNEZ DEL CAMPO
Universidad de Zaragoza

Celebrando Cataluña

Pere Anguera, *L'Onze de Setembre. Història de la Diada (1886-1938)*, Barcelona, Centre d'Història Contemporània de Catalunya i Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2008, 416 pp.

Pere Anguera ha participado, en su larga trayectoria como historiador contemporaneista, en la renovación historiográfica sobre el estudio de las raíces populares del catalanismo. En esta obra resume los resultados de su larga investigación sobre la fiesta nacional catalana, estudiando una celebración que la peculiar y convulsa historia de Cataluña le confiere carácter de mito nacional; con Anderson en *comunidades imaginadas*, Anguera fija su atención en el sentimiento personal y cultural de pertenencia a la nación.

Una nueva aportación en la historia cultural con otro libro extraordinario basado, como siempre en la obra de Anguera, en una inmensa y prolija, paciente y rigurosa tarea investigadora en el que, una vez más, se hace eco de una erudición de primera magnitud, hecho que en algunos casos puede llegar a abrumar al lector, ya que totaliza casi seiscientas citas aunque la cuidada edición con las notas a pie de página facilita, contra lo que va siendo habitual, la consulta de las referencias.

El libro sigue un eje cronológico entre 1886 y 1938, desde la primera celebración documentada decimonónica hasta su osada conmemoración en la fase final de la guerra civil espa-

ñola. La información se organiza en cuatro apartados desiguales en cuanto a extensión; la primera, los inicios, transcurre entre 1886 y el fin de siglo (pp. 17-62); la segunda, los primeros años de plenitud (pp. 63-130) llega hasta la Setmana Tràgica; en la tercera parte, la más extensa, titulada «de la represa militant a la repressió» (pp. 131-268) sigue la evolución de la Diada hasta la 1923, el período más ampliamente documentado, vivísimo en las expresiones locales de la fiesta vindicativa y, finalmente, «de la dictadura a la revolució» (pp. 269-394) sigue la evolución de la conmemoración nacional bajo la dictadura de Primo y la II República. El eje cronológico de la historia política estructura la organización de la información que parte de un exhaustivo vaciado de un centenar de publicaciones periódicas de plural filiación ideológica que completan el habitus catalanista en su complejidad social y territorial.

En la evolución de la Diada se observa una progresiva apropiación del mito más allá y a pesar de las etapas de la historia política del siglo XX en Cataluña y España. El carácter transversal de *l'Onze de setembre* se manifiesta en la asunción por las diversas expresiones de las matrices, conservadora y progresista, del catalanismo cultural y político. Aparece así, en el estudio de la fiesta nacional como símbolo, su carácter interclasista y incluyente por la participación, inserta en las lógicas de las relaciones de género, de las mujeres; asimismo la lógica en la transmisión y las rupturas generacionales de las prácticas comunitarias se nos muestra en todos sus matices.

Una conmemoración no exenta –la memoria social es pugna por proyectos de futuro– sobre la lectura de la guerra de sucesión entre Prat de la Riba, Alomar, Martí Julià a partir de las interpretaciones de raíz balmesiana o federal democrática, cosmovisiones que como explicara Isidre Molas se explican recíprocamente, que reaparecen con un léxico renovado, con permanentes denuncias antiborbónicas y repudios de la asimilación cultural y política española.

La primera celebración documentada la protagoniza el Centre Català en 1886 adoptando la forma de un funeral. Una expresión, entre tantas, de un catalanismo literario costumbrista que construye un programa nacional en el que el pasado juega un papel importante en conmemoración del 11 de septiembre de 1714, entre los ingredientes del uso público de la historia o de espontáneas-organizadas políticas de memoria la Diada como el himno (*Els Segadors*), o la bandera, de «Las cuatro barras: de bandera a señora» tema al que Anguera dedicó un artículo en la revista *Jerónimo Zurita* (82, 2007, pp. 253-274). La primera expresión de la Diada fue más elegíaca que conmemorativa mientras que entre 1894 y 1899 surgen las ofrendas florales a Rafael de Casanova en un ciclo temporal que va de ofrenda clandestina minoritaria a acto público progresivamente masificado cuando *Solidaritat Catalana* actúa como su máximo divulgador. Hasta 1913 no aparece el primer acto público en el Fossar de les Moreres, un lugar de memoria con connotaciones mayores de carácter nacional y democrático. La

fuerza popular del mito se manifiesta en el crecimiento constante en la geografía de la conmemoración y su expresión colectiva creciente hasta 1923. De una fecha desconocida para la mayoría del pueblo en la primera década del siglo XX se pasa a una importante difusión en el marco de la revitalización de la política; la socialización de la Diada coincide, como no podía ser de otra manera, con la superación de una política platónica y accidentalista protagonizada por la Lliga Regionalista a un catalanismo popular de izquierdas liderado por el Centre Nacional Republica en una evolución, progresivamente comarcalizada en su celebración como muestran las celebraciones en 180 municipios referenciados, que llegará a institucionalizarse en la Segunda República y que en el periodo bélico contó, por primera vez, con la incorporación de los anarquistas. Es una lástima que Anguera no haya querido continuar el estudio desde la contrarrevolución hasta la transición a la democracia cuando fuerzas plurales, como siempre en el catalanismo político, democratacristianos, independentistas, socialistas o comunistas intentaron recuperar el *Onze de Setembre* en plena dictadura de Franco.

¿El estudio desautoriza la teoría del invento de las tradiciones? Me inclino a pensar, con Pierre Vilar, que lo importante es conocer por qué echan raíces los mitos y los símbolos nacionales en el marco de las transformaciones en las relaciones sociales de producción, de poder y de experiencia en el siglo veinte europeo. Quizás lo que el estudio de Anguera reconfirma

es la desautorización al origen y determinante burgués del catalanismo y el hecho de que la Diada concita una reflexión, progresivamente socializada sobre el uso público de la lucha de 1714 y la voluntad de ser tras la pérdida de sus derechos y constituciones.

El último libro de Anguera es otra valiosa contribución a la historia del catalanismo; con gran solidez argumentativa, quizás denso y extenso, aunque la selección de textos se presenta inteligentemente inscrito en el marco interpretativo: el carácter progresista de la conmemoración hacia un futuro de igualdad y libertad individual y colectiva; una aspiración solidaria compartida con otras naciones sin estado, inserta en la amplia y plural sociabilidad popular.

Montserrat DUCH PLANA

Universitat Rovira i Virgili

La gran guerra y la muerte en masa

Alan Kramer, *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford University Press, 2007, 416 pp.

Los cerca de 13 millones de muertos de la Primera Guerra mundial dejaron en Europa una huella de dolor y luto que creó en el ideario popular un verdadero mito de la guerra y su experiencia. Tanto, que la violencia y la muerte de masas se llegaron a aceptar como signo natural de la civilización occidental, como rasgo más

de una cultura que, herida de muerte en la guerra, la «democratizó» aceptándola como normal, compartiendo el dolor interno en su socialización, haciendo de esta socialización un *modus vivendis*, una razón política, como señaló G.L. Mosse. Para cuantos no vivieron la experiencia de la guerra en los frentes, la guerra total tenía reservadas también buena parte de los sufrimientos que la caracterizan. Las penalidades de la vida en el frente interno, de la experiencia de los bombardeos masivos y las represalias (también masivas) sobre la población civil, determinadas por la forma en que se desarrolló la guerra marcaron a casi la totalidad de las personas que la vivieron. Y es que, por mucho que en todas las guerras se alteren los caracteres de las sociedades, las culturas políticas y las conductas personales, la Gran Guerra fue una discontinuidad histórica masiva, de ritos masivos. Ritos de separación, marginación o de agregación, como en las guerras precedentes, con continuidades y evidentes discontinuidades, pero, y esa es la radical novedad, implicando ahora a toda la población, combatiente o no.

El libro de Alan Kramer, profesor del Trinity College de Dublín y coautor del imprescindible *German Atrocities, 1914: A History of Denial*, ahonda en el estudio y la exploración de esos territorios de castigo colectivo, de luto y de aprendizaje de la violencia. Una violencia, por lo demás, que fue creada y experimentada, en la mayoría de las ocasiones por vez primera, durante el conflicto internacional, y que creó en sus actores y espectadores la sensación de estar viviendo una au-

téntica y una radical transformación y revolución histórica, acelerada por la concepción de una guerra de objetivos ilimitados, de destrucción total y canalización de la muerte, donde se asiste a la radical deshumanización del enemigo, y donde se fractura definitivamente, a través de la experiencia de la guerra total, la diferencia entre el mundo civil y el de la guerra. En su aspecto cultural y social, lo que más determinó de la guerra con respecto al mundo de posguerra fue la muerte de masa. Y en este sentido, Kramer explora los dos terrenos que más destacadamente ha recorrido la historiografía sobre el conflicto mundial en las últimas décadas: la experiencia de la vida (y la muerte) en las trincheras, y la totalización de la guerra mediante la cancelación de las fronteras entre frente y retaguardia, entre combatientes y no-combatientes.

En una guerra de invasión territorial, una retaguardia se convierte rápidamente en territorio ocupado y, asimismo, en otra retaguardia radicalmente diferente, pues radicalmente opuestos son los poderes que se enfrentan en las trincheras a las que aportan sustento, combatientes o víveres. Y, al decir de Kramer, ese territorio es inmediatamente convertido en tierra de castigo para sus habitantes y sus recursos económicos, destinados estos a favorecer a los conquistadores aun a costa del hambre y la carestía de la población, y depurados política, social e ideológicamente aquéllos (p. 41). Se comprende, en ese sentido, que en la Primera Guerra mundial, la proporción de muertes civiles respecto a las de combatientes se situase

entre una sexta y una tercera parte. Y más todavía, que la proporción durante la Segunda Guerra mundial, el conflicto bélico contra la población civil por naturaleza, se ponga en los dos tercios de las muertes atribuibles a la guerra (p. 334).

Las dinámicas de violencia en Entreguerras señalan y enseñan, de tal modo, la creciente identificación de la radicalización de la guerra con la tendencia hacia la sistemática y total explotación de los enemigos civiles y de los recursos del territorio ocupado. Unas «políticas de ocupación», referidas a cuantos recursos humanos o no pudieran utilizarse en aras de la victoria, que no serían así ni aleatorias, ni (o rara vez) improvisadas, sino parte de una política oficial. Y esta abarcaría, así, desde el tratamiento de los prisioneros de guerra y de los presos políticos hasta el sometimiento al hambre y la miseria a los pueblos ocupados, desde las políticas económicas y agrarias sobre el territorio hasta la utilización de la producción industrial y fabril abandonada por los anteriores detentadores del poder. 58.432 belgas fueron deportados a Alemania durante la Gran Guerra para trabajar. Otros 62.155 belgas fueron forzados a trabajar tras el frente en Francia y Bélgica, a veces bajo el fuego de las armas aliadas. Incontables miles de hombres y mujeres franceses fueron forzados a trabajar cavando trincheras, construyendo fortificaciones, carreteras y raíles para el ejército alemán. Y esto no solo era contrario a las leyes internacionales, sino que además era profundamente repugnante para la gente forzada a trabajar contra los intereses de

su propia nación. Más de 2.000 civiles franceses murieron como trabajadores esclavos, un 2,17% de los deportados por Alemania. Y en el frente oriental había sido todavía más cruel, pues en ese espacio se habrían dirimido más que en cualquier otro unas políticas de ocupación que, si bien no tuvieron mucho que ver con el genocidio, la muerte de masas, o tan siquiera –al contrario de lo afirmado por Bourke– la muerte inmediata de los soldados capturados en los frentes característicos de la Segunda Guerra mundial, sí tuvieron mucho de barbarización, de radicalización y, fundamentalmente, de *nuevo*. Los lituanos debían ceder paso en la calle y saludar a los mandos ocupantes, y 60.000 de ellos fueron utilizados como mano de obra gratuita. Miles de polacos, además, fueron deportados a Alemania como trabajadores forzosos, provocando muchas menos protestas internacionales que la deportación de franceses y belgas. Y cientos de miles fueron internados en campos de concentración de prisioneros, sobre todo militares, pero también no pocos civiles, cuyo paso por los nacientes sistemas concentracionarios de masas conectaba con el que había sido el objetivo originario de los campos de concentración. El Ejército alemán, según Kramer (p. 65), hizo un uso masivo de prisioneros rusos para la construcción de la Línea Sigfriedo en 1917. Por su parte, en los campos rusos murieron más del 9% de los 2.110.000 prisioneros austro-húngaros, y un 9% más desapareció. De sus 158.000 prisioneros alemanes, murió casi el 10%, y desapareció hasta el 33%. Y las estimaciones de prisioneros

rusos muertos en manos de los poderes centrales, el 5% del más de 1.400.000 hombres capturados, debe ser revisada, según Kramer, a la alza.

Y, además, el desarrollo de los acontecimientos y, sobre todo, el paulatino impacto de la muerte de masas, creó paulatinamente la unión indivisible entre estado, modernidad y violencia. Esta, como violenta e intensísima experiencia de modernidad, habría marcado todas las estructuras de la vida política europea y los medios válidos en los que se fundamentaba, incluida la predisposición al uso de la violencia como vía aceptable y hasta arquetípica de movilización. Kramer se vale para ejemplificarlo de uno de los ejemplos más evidentes de lo que la Gran Guerra introdujo en la cultura y la vida política europea. En Italia la Primera Guerra mundial fue la primera experiencia colectiva de los italianos constituidos en estado-nación, y de ella nació la alternativa del fascismo. El peso del conflicto bélico, y sobre todo de los mitos que generó (sobre todo los de la derrota de Caporetto, la victoria de Vittorio Veneto y la de la «victoria mutilada») en la Italia de posguerra, y su relación con el fascismo son por tanto enormes.

Sin embargo, y como Kramer se encarga de recordar, tanto más impactantes que las ciertas continuidades entre las dos guerras mundiales fueran las discontinuidades. Frente a la tendencia cómoda de relacionar los genocidios de la Segunda con la simple «barbarización» de los modos de la guerra total o con su singularidad alemana, Kramer opone una historia de continuidades pero también de cla-

ras discontinuidades, donde la «dinámica de destrucción» explica la acumulación de violencia en la Europa de Entreguerras, pero que está necesitada de otros muchos elementos sin los cuales no se comprende el radical extremismo del nacionalsocialismo durante el segundo conflicto mundial. Buena parte, en cualquier caso, de la explicación de esa violencia como «acumulativa» y supraindividual reside en la consideración del período de Entreguerras como un espacio de aprendizaje y desarrollo de políticas y prácticas encaminadas hacia la alienación y eliminación del *otro*, donde la aceptabilidad de la violencia como canal privilegiado para la obtención de los intereses personales o grupales provendría, fundamentalmente, de la experiencia de la Primera Guerra mundial. Como tal, supuso por primera vez el encuentro de grandes masas de población con la muerte acaecida de manera violenta y masiva. Muerte de masas que no provenía de los que hasta entonces habían sido las causas de mortalidad históricamente predominantes, y que inauguró en el espacio europeo la «guerra total»: la guerra en el frente y en la retaguardia, en la fábrica y en el campo, durante la guerra y tras la guerra, fracturándose así las diferencias entre el mundo de la guerra con el de la vida civil. Y como tal la muestra, en este excelente libro, Alan Kramer.

Javier RODRIGO
Universidad de Zaragoza

La nueva Roma de Mussolini

Emilio Gentile, *Fascismo di pietra*, Editori Laterza, Roma-Bari, 2007, 271 pp.

Discípulo de Renzo de Felice y profesor de Historia Contemporánea en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de «La Sapienza» de Roma, Emilio Gentile (1946) está considerado como uno de los más prestigiosos y certeros analistas de la ideología y cultura política del fascismo.¹ Junto a un envidiable dominio de las fuentes, ha sido a través de conceptos como el de «sacralización de la política» y del análisis de los aspectos estéticos, cómo Gentile ha labrado una extensa trayectoria en el estudio del fascismo en la que la influencia de George L. Mosse resulta perceptible. Una metodología de análisis que, contando con similares utillajes, ha aplicado recientemente para el estudio de la «religión política» de los Estados Unidos en *La democracia di Dio: La religione americana nell'era dell'impero e del terrore* (Laterza, Roma-Bari, 2006). El amplio repertorio bibliográfico de Emilio Gentile, gestado durante las últimas tres décadas, ha dado como resultado una obra de conjunto imprescindible para cualquier historiador interesado en el fascismo, que paulatinamente ha venido siendo traducida al castellano aunque no siempre con la premura ni los parámetros de calidad esperados.²

En un tono de alta divulgación (aunque sin eludir un completo repertorio de referencias, bibliografía y un interesante material gráfico), Emi-

lio Gentile nos invita esta vez a comprender el fascismo italiano a través de su capital. Evidentemente Gentile no ha sido el primero en sucumbir ante el atractivo de la Roma mussoliniana, y tampoco el único (ahí está el *Mussolini's Rome* de Borden W. Painter editado por Palgrave Macmillan en 2005), pero el rasgo distintivo de *Fascismo di pietra* radica en esa capacidad de sugerir, de trascender el marco descriptivo y adentrarse en las claves de la cultura política del fascismo italiano a través de sus mitos, sus proyectos y su arquitectura.

Y es que fue sobre la «porca Roma» del capítulo primero, conceptualizada por el fascismo escuadrista como la quintaesencia de la «Italia indolente, decadente, pavida e corrota» (p. 7), donde Mussolini pretendió erigir la Roma del Nuevo Imperio. Una Roma de carácter provinciano, con un paisaje urbano caracterizado por un pintoresquismo que contrastaba con la pujanza económica y cultural de Milán o Florencia, y cuyas ruinas, lejos de aludir a grandezas pasadas resultaban molestas en la cotidiana confrontación con un presente decadente. Un desprecio hacia la capital cultivado desde la época del *Risorgimento*, y que el fascismo inicial –quizá con ese desdén hacia lo que se anhela pero no se posee–, no haría sino amplificar. La «porca Roma» estigmatizada por los escuadristas representaba la «Italieta liberale, parlamentare, chiacchierona, vile e inetta» (p. 53) que el fascismo, a través de la apropiación del pasado imperial y la construcción y difusión del mito de una *nueva romanidad*, pretendió regenerar y transformar en

la capital moderna y eterna del *hombre nuevo* del fascismo.

No obstante, sería en el corto periodo comprendido entre 1921 hasta la Marcha sobre Roma en octubre de 1922 cuando, bajo la influencia determinante de Mussolini, la *nueva romanidad* se convirtió en «la principal fisonomía simbólica del fascismo» (p. 43). Una *nueva romanidad* fundada en el destino imperial de la estirpe italiana, en la continua celebración de la vitalidad de la raza y en su carácter persistente en el tiempo, convirtiéndose en el principal mito secular del fascismo.

Gentile señala el carácter de *revolución antropológica* que portaba el fascismo italiano, empeñado en la regeneración integral del cuerpo nacional. Y en este proceso de regeneración integral, la capital, Roma, fue objeto e instrumento principal para el desarrollo de unas políticas del pasado que se desparramaron en multitud de frentes a través de unas estrategias radicalmente modernas. A lo largo de los capítulos cuatro y cinco, Emilio Gentile analiza la actividad del *Duce rigeneratore* y su obsesión por la nueva Roma. Durante el *Ventennio*, el Duce impulsaría la más profunda intervención arquitectónica de la Roma contemporánea, decretando el fin de la Roma «vecchia e pittoresca» y empeñándose en una furiosa tarea de demolición para aislar los monumentos de la Roma antigua en detrimento del legado arquitectónico medieval y renacentista. La cirugía urbanística de Mussolini liberó espacios tan carismáticos como el templo de la Fortuna Viril, el Templo de Vesta, los foros de

Trajano, Augusto, Cénas, o el Teatro de Marcelo. De la misma manera, proporcionó nuevos espacios para los rituales fascistas, como la Vía del Imperio, inaugurada en octubre de 1932, y convertida en vía principal para las paradas militares y las exhibiciones del partido, parte sustancial de un colosal escenario litúrgico que confluía en el Palazzo Venecia, «centro sacro» de la escenografía fascista, y desde el que Mussolini anunciaría el 9 de mayo de 1936 el inicio del Imperio tras la conquista de Etiopía.

Porque tras la aventura africana, el mito imperial de Roma no hizo sino intensificarse. Así, tras la *reaparición* del imperio «la romanità fascista poteva orgogliosamente considerarsi una realtà» (p. 129). La consagración de la continuidad mística y espiritual entre la Roma antigua y la Roma fascista quedó sacralizada con la celebración del Bimilenario de Augusto y la espectacular *Mostra Augustea della Romanità* en 1937. Y de la misma manera que la vieja ciudad sucumbía a los impulsos de la *nueva romanidad* imperial, Mussolini concluía su trasfiguración mítica como duce imperial a través de un proceso de «pietrificazione della sua immagine» (p. 131).

Roma, símbolo de la *nueva romanidad*, era también la capital del futuro. La vorágine constructiva de la Roma fascista permitió la génesis de nuevos espacios sacros como el originado con ocasión de la *Mostra della Rivoluzione Fascista* de 1932, en donde se conjugaban las amplias perspectivas con los últimos avances en la cultura visual como fotografías, documentos, composiciones gráficas,

iluminación, esculturas, pinturas, etc., generando la atmósfera mítica requerida por el que fuera contemplado como el nuevo templo del fascismo. De la misma manera, el EUR 42, amplio complejo urbanístico y arquitectónico que iba a acoger la exposición universal de 1942 y que pretendía erigirse en el embrión de la nueva Roma, consagró la arquitectura fascista como un elemento más en el proceso de sacralización de la política.

Para Gentile, la transformación física de Roma se encuentra asociada de manera indisoluble al proyecto de revolución antropológica del fascismo orientado a transformar moral, cultural y físicamente a los italianos. El *italiano nuevo*, inserto en la sociedad tecnológica y combativa del Nuevo Estado, debía convertirse en el nuevo legionario presto a la conquista del imperio.

Pero tal conquista nunca llegaría a producirse. En un imaginativo capítulo final, Gentile hace discurrir a un derrotado Mussolini que en la reiterada frase «Gli italiani non sono Romani», constata el fracaso de la revolución antropológica fascista, incapaz de transformar al pueblo italiano en una raza de dominadores y conquistadores, en una raza imperial para el Nuevo Orden Mundial fascista. En definitiva, en los romanos de la modernidad.

Fascismo di pietra, sin dejar de constituir una obra sugerente, adolece quizá de su exhaustiva especificidad. Porque en la nueva Roma de Mussolini se resume la ambivalente relación de amor y odio con la que los fascismos europeos se enfrentaron a sus respectivas capitales. Así, la «porca Roma»

alude también al Madrid castizo, al *poblachón manchego* que discurre por no poca de la producción literaria de principios de siglo, trastocado luego en el hostil *Madridgrado* de la guerra civil. Pero también a la «charca de pecados» que vio un joven Goebbels en el Berlín de Weimar y que Hitler, Speer y el propio Goebbels, trataron infructuosamente redimir. Sin duda, *Fascismo di pietra* constituye así un interesante punto de referencia para nuevos proyectos y lectura apasionante para un público interesado en el estudio del fascismo.

Gustavo ALARES LÓPEZ
Universidad de Zaragoza

Notas

- ¹ El reconocimiento intelectual al que fuera su maestro *Renzo De Felice. Lo storico e il personaggio*, Roma-Bari, Ed. Laterza, 2003.
- ² Entre otras, *Fascismo. Historia e interpretación*, Madrid, Alianza Editorial, 2004; *La vía italiana al totalitarismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; y *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Imaginando al enemigo

Francisco Sevillano, *Rojos. La representación del enemigo en la guerra civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2007, 183 pp.

Como ha señalado el historiador italiano Angelo Ventrone, autor de un libro de referencia sobre este tema (*Il nemico interno. Immagini, parole e*

simboli della lotta politica nell'Italia del Novecento, 2005), la execración del adversario es algo consustancial a la vida política, y no existe país ni sistema político que no haya construido en gran medida la propia identidad en negativo, en contraposición a sus opositores. Ese componente que podríamos definir como «persecutorio» se caracteriza por la tentación permanente de impulsar la movilización a través de la vía más sencilla: llamar a la comunidad a rebato contra el peligro que representan quienes tienen una diferente concepción del mundo, utilizar el miedo. La dicotomía radical que conceptualizó Kart Schmitt en la categoría amigo/enemigo ha caracterizado la época contemporánea desde la Revolución Francesa y, como ha señalado Jean Delumeau, los últimos dos siglos han dado lugar a una «hiperculpabilización», es decir, a una masiva y sistemática atribución de culpas que ha superado ampliamente lo sucedido en siglos pasados.

Pero lo que realmente define nuestra contemporaneidad es la centralidad del enemigo interno, el que vive dentro de la comunidad y al que se estigmatiza en los momentos de crisis y anomia social, cuando los miembros de la comunidad tienden a replegarse sobre lo que consideran una identidad común y la violencia crece en intensidad. El vecino o el amigo se convierte entonces en el enemigo, en extranjero –con todos los rasgos que describió Simmel– y en objetivo de una violencia reparadora de esa anterior vida en común más o menos idealizada. El enemigo interno, como ha escrito Alexander Koyré, es un traidor a su

patria, una «quinta columna» al servicio de un supuesto o real enemigo externo, o de un contubernio universal. Como ha señalado otro historiador italiano, Loris Zanata, esa dicotomía política amigo/enemigo se superpuso a la excluyente de las religiones, como si el Antiguo Régimen se hubiera secularizado sólo de manera parcial o distorsionada, dando origen a las modernas «religiones políticas». El nuevo lenguaje científico y eugenésico, por un lado, y el tradicional discurso religioso y escatológico dieron el léxico a esa barrera insalvable entre el «ellos» y el «nosotros», con llamamientos a la superioridad cultural o racial o espiritual, poniendo las bases de una verdadera «pulsión exterminadora» que llegó a ser casi universal.

Francisco Sevillano, profesor en la Universidad de Alicante, nos ofrece en este libro una aportación sustancial a la imagen del enemigo interno en la Guerra Civil, hasta ahora objeto de aproximaciones indirectas o no directamente relacionadas con el tema, como el excelente *¡Fuera el invasor!* de X.M. Núñez Seixas. Esa distinción categórica amigo/enemigo de Schmitt, traducido al español por J. Conde, dio el fundamento y límite de la «cultura de la guerra» no sólo durante los tres años de conflicto declarado, sino durante muchos más a lo largo de la dictadura. Entre la primera y segunda guerras mundiales, se trató de una «guerra total» basada en una hostilidad previa construida cultural y discursivamente, sin distinción entre combatientes y no combatientes, una guerra no militar o civil, combatida también en las respectivas

retaguardias. El «extrañamiento», la «estigmatización» y, en definitiva, la «deshumanización» de las víctimas mediante la representación imaginaria del enemigo fue previa y contemporánea a la extrema crueldad de la violencia. Como hemos visto, el enemigo interno se convierte en extranjero y la guerra fratricida en «guerra contra el invasor», en una «guerra de independencia» o, como escribía Nazario S. López *Nazarite*, ni siquiera eso, porque «la guerra tiene su significado, que los rojos no han hecho lo más mínimo por merecer». No era pues una guerra, sino un «nueva y santa cruzada», un castigo.

El autor, siguiendo los conocidos estudios del psiquiatra Antonio Vallejo Nájera sobre la «naturaleza psicossocial degenerativa e inferior del enemigo», documenta también para España el recurso al lenguaje médico desde una concepción organicista de la sociedad, para describir el enemigo republicano como «virus rojo», un «germen», una «patología social y moral contagiosa» que provoca la descomposición de los vínculos tradicionales. Particularmente interesante es el análisis de la aparente contradicción entre una visión del «pueblo engañado» por las élites malvadas –los «rojillos», infrahombres sin ideas y fácilmente sugestionables por los verdaderos culpables– y el pueblo como «canalla grosera» o «chusma ignorante», que asesina empujado por los más bajos instintos de la naturaleza. Pero, por encima del lenguaje positivista, domina en la zona sublevada el discurso católico, la dicotomía entre bien y mal», que simboliza como ningún

otro el *Poema de la bestia y el ángel* de J.M. Pemán.

La zona republicana queda fuera del estudio, aunque hubiera sido de agradecer algún análisis especular de ambas retaguardias. Como sabemos, en la propaganda franquista el «terror rojo» fue no sólo un argumento de legitimación de la «contrarrevolución preventiva», o un instrumento eficaz para la política exterior de los sublevados, como ha estudiado recientemente Hugo García, sino también un elemento antropológico central en la caracterización estereotipada del enemigo, la que hacía concebible, justificable y hasta necesaria la violencia contra él. Entre esa «hech de los fracasados, los torpes, los enfermos, los feos, el mundo inferior y terrible», en palabras de Agustín de Foxá en *Madrid, de corte a checa*, ocupa un lugar destacado la imagen de la mujer, tema al que Sevillano Calero, con acierto, dedica un capítulo. Lo que más se echa de menos en este interesante estudio dedicado a la imagen del «rojo» es precisamente la imaginería, es decir, las imágenes en el sentido común del término de representación gráfica e iconográfica: fotos, pinturas, dibujos, caricaturas, tebeos infantiles, etc. Porque el poder de las imágenes se combinó con el poder de las palabras no sólo en una cultura de la guerra, limitada en el tiempo y en sus efectos, sino que fue mucho más allá tanto en el tiempo, durante los largos años de la posguerra, como en sus efectos, cuyo verdadero alcance nos es desconocido. En realidad ya no importaba tanto, si es que alguna vez importó, su eficacia para la persuasión o la capta-

ción, ni siquiera para la legitimación o el consenso dentro del Nuevo Estado, como su coherencia con un sistema de ideas y valores apodícticos, con la reafirmación en la lealtad inquebrantable del «nosotros».

Javier MUÑOZ SORO

*Universidad Nacional de Educación
a Distancia*

La «economía política» de la violencia durante el franquismo

Javier Rodrigo, *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008, 256 pp.

En los últimos veinticinco años, el estudio de la violencia política como fenómeno específico o como manifestación vinculada a las movilizaciones de protesta colectiva ha alcanzado en España la madurez suficiente como para que hayan aparecido las primeras obras colectivas que tratan de sintetizar las diferentes facetas de este fenómeno a lo largo del siglo XX. Javier Rodrigo, que fue coordinador de una de estas obras pioneras (*Culturas y políticas de la violencia. España siglo XX*, Madrid, Siete Mares, 2005), nos ofrece ahora esta nueva síntesis sobre la función, necesidades, objetivos y utilidades estratégicas de la violencia durante la dictadura franquista. Su apuesta

teórica consiste en buscar las lógicas políticas de la violencia más allá de las manifestaciones irracionales o «volcánicas» de la misma. Aunque su análisis estratégico de los procesos coactivos implementados por el franquismo mantiene una deuda explícita con las teorías de la acción colectiva, también se hace eco de la hipótesis de Talcott Parsons, erigida sobre una ingeniosa sugerencia de Karl W. Deutsch, sobre los rendimientos a largo plazo que una adecuada «inversión» en fuerza tiene para el mantenimiento del «crédito» de los sistemas de poder («Some Reflections on the Place of Force in Social Process», en Harry Eckstein [ed.], *Internal War*, Nueva York, The Free Press, 1964, pp. 33-70). A tenor de los resultados, no ha existido en nuestra historia un régimen político que haya realizado una «inversión» tan intensiva y persistente en violencia con la intención de obtener réditos políticos. Ello resultó evidente durante el período de la Guerra Civil, en que la muerte a mano airada se situó en la centralidad del relato político e histórico. Si, como dice el autor, durante la guerra de 1936-39 se alcanzó la cumbre de la violencia en la contemporaneidad española (p. 25), el franquismo tuvo el dudoso honor de ser el régimen que más carga de violencia desplegó en tiempos de paz en toda Europa, y el que impuso un más eficaz y duradero aparato memoricida.

Rodrigo analiza sobre todo las formas básicas de la violencia en las etapas constituyentes del régimen: durante el golpe de Estado (sacas, paseos), en la guerra (campos de concentración, juicios militares, trabajos

forzados) y en la posguerra (cárceles y leyes represivas), dejando las fases de consolidación y declive del régimen (caracterizadas por la «normalización» fallida del aparato represivo a través de la judicialización y el abandono de la militarización) como un simple epílogo donde se «administraron las rentas» de la anterior política de terror. Quizás los años 1953-75 hubiesen merecido un tratamiento más autónomo y compensado, donde se abordara un análisis dialéctico de la violencia en función de las nuevas formas de disidencia social y política, violentas o no, y se hubiese emitido un juicio sobre su funcionalidad. Lo que no cabe duda es que la violencia se erige en el elemento fundacional del régimen durante el período de crisis bélica que arranca de 1936 y puede ampliarse al menos hasta 1948.

Como punto de partida, el autor destaca y explica las profundas disimetrías de la violencia perpetrada en ambas zonas durante la guerra civil, aunque la causa de la mayoría de las muertes no fue el conflicto bélico en sí, sino la represión que se enseñoreó de España antes de que la guerra cobrara su fisonomía más convencional. El 60-80% de los muertos causados en la zona rebelde durante el conflicto se produjeron entre julio y diciembre de 1936 (de 39.600 a 52.800 víctimas para el 35% de la población), mientras que en zona republicana tuvieron lugar en el mismo período de tiempo el 80-85% de las muertes violentas, con 38.000 víctimas para un 65% de la población (p. 43). Pero a los asesinatos perpetrados en la zona dominada por los militares facciosos hay que

añadir por lo menos 50.000 fusilados más hasta 1948, amén de 30-35.000 desaparecidos, y ello sin contar a los muertos por inanición y enfermedades. Pero las diferencias no se limitan a la fuerte descompensación en el recuento de víctimas, sino a la función misma de la violencia que desplegó cada bando beligerante. Mientras que en la zona republicana el incremento de la coacción sobre los enemigos políticos vino en principio de la mano del estallido revolucionario facilitado por la virtual desaparición del Estado, y luego actuó como estrategia de reforzamiento de la política de resistencia a ultranza, en el bando rebelde fue el instrumento básico de una guerra que se concibió de desgaste, atrición y aniquilamiento, donde no se trataba de ganar rápidamente, sino de fundar un nuevo régimen político mediante la imposición del terror sobre gran parte de la población. Ya dijo Yagüe que «el hecho de que la conquista de España por el Ejército se produzca con tanta lentitud tiene esta ventaja: nos da tiempo para depurar completamente el país de los elementos rojos» (cit. p. 86). Con todo, en los primeros meses de operaciones, las columnas de Castejón, Asensio o Yagüe libraron a su paso por Baena, Zafra, Mérida, Badajoz o Toledo (o en 1937 en Málaga) una guerra de movimientos inspirada de la campaña del Rif, que se fundamentaba en aplicar con rapidez y falta total de escrúpulos una violencia extrema con el objetivo de imponer el poder militar a través de la paralización de la población neutra u hostil, que quedó sumida en un pavoroso *shock* de terror. Así deben entenderse

las directrices previas de Mola, cuyo carácter «racional» para el fin que perseguían no puede ocultar la intrínseca psicopatía de las ejecutorias violentas de individuos como el teniente Merino en el campo de concentración de Albaterra o el terrateniente de Salamanca capitán Aguilera, que Rodrigo denuncia en sus justos términos. El autor desmonta contundentemente el mito de la violencia reactiva franquista, y muestra que la violencia impuesta sobre la retaguardia, que fue desproporcionada y estructural a la práctica del poder político, y respondió a un programa selectivo de denuncia, penitencia, depuración, exclusión y aterrización que tuvo claros efectos punitivos y ejemplificantes, pero también preventivos. Sin embargo, Rodrigo descarta el término «genocidio» como definición penal ajustada a los delitos perpetrados por la dictadura franquista, argumentando con razón que en los primeros meses de lucha no existía un Estado criminal, sino una fragmentación de poderes subordinados al militar (pp. 81-82).

Incluso durante la guerra la función de la violencia represiva fue variando, como se muestra en el capítulo tercero: después de esta «enorme inversión en terror» inicial (p. 95), su «economización» posterior a través de su supeditación a la justicia militar y su legitimación a través de la Iglesia (que transformó la guerra de liberación nacional en Cruzada y participó activamente en la creación de archivos de «rojos» locales) trataba de sentar las bases del poder del Nuevo Estado en el contexto de la prolongación y la normalización de la guerra. Pero

todavía en 1937 la cifra de ejecutados por sentencia firme era inferior a la de asesinados sin trámite judicial (p. 97)

El capítulo cuarto muestra la perduración de la maquinaria represiva a través de los campos de concentración y los batallones de trabajadores forzados, asuntos que Rodrigo ha tratado con detalle y solvencia en otras ocasiones: más de 180 campos, de ellos 104 estables para el internamiento, reeducación, tortura, trabajo, etc., que ocuparon a medio millón de internos, lo que supone la red penitenciaria más densa y poblada de Europa occidental, sólo comparable a los *läger* nazis y al *gulag* soviético. Los campos eran la antesala preventiva de la justicia punitiva, tarea que realizaban las comisiones de clasificación afectas a los tribunales militares, que dirigían a los afectos hacia las trincheras, a los desafectos a la cárcel o al paredón, y a los dudosos a los batallones de trabajadores.

Los últimos dos capítulos estudian la represión no sólo como un mero hecho de desaparición o la coacción físicas, sino como todo un entramado global de control social, que cubría aspectos cultural-educativos, económico-inecutorios, sociolaborales o psicológicos, estos últimos centrados en la multiplicidad de la violencia inserta en la vida cotidiana —las «microrrepresiones» que ha estudiado, entre otros, Conxita Mir— caracterizada por la autarquía como factor de coacción y desmovilización que coadyuvó al consenso social ya ampliamente estudiado para el fascismo o el nazismo. La supervivencia y la muerte en retaguardia como modos

de exclusión total del vencido, que se narran en el capítulo quinto, dejan paso al consenso pasivo por medio de la coerción y el terror analizados en el último tramo del libro. Con esta atención a los «efectos no contables» de la coacción se tiende a superar la identificación simplista del conflicto civil con la «represión» física que concierne en exclusiva a víctimas y verdugos. El epílogo estudia la hipostatización, homogeneización y estandarización de las políticas de la memoria y los ritos de memoricidio (Primo Levi) que implementó la dictadura franquista para arrancar «hasta la última raíz» el recuerdo de la causa republicana. La conclusión que se extrae de todo ello es que no hubo una, sino varias guerras en el seno del conflicto civil de 1936-39, y no hubo, por tanto, una, sino múltiples violencias; éstas fueron evolucionando a lo largo de la vida del franquismo sin dejar por ello de ser un elemento fundamental en el ejercicio del poder del régimen hasta sus últimos estertores.

A lo largo de la obra, Javier Rodrigo transita con soltura por debates teóricos sobre el autoritarismo, el fascismo, el consenso, el terror, la represión, las políticas de memoria, etc. No es este el menor de sus méritos. De su esfuerzo, y del que realizan otros especialistas de su generación por sustentar sus afirmaciones en el rigor conceptual y la exhaustividad documental, depende en buena parte que los estudios sobre la violencia de la guerra y la posguerra alcancen su definitiva normalización historiográfica.

Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA
Universidad Carlos III de Madrid